

Un siglo de investigaciones sobre masculinidad y feminidad: una revisión crítica

Juan Fernández Sánchez
Universidad Complutense de Madrid

El estudio psicológico de la masculinidad (M) y la feminidad (F), a lo largo del siglo xx, muestra dos planteamientos bien distintos. En la primera mitad se parte del continuo bipolar, mientras que en la segunda predomina la concepción de dos dimensiones ortogonales. Los estudios empíricos realizados en diversos países con las escalas de M y F clásicas manifiestan que los datos no apoyan ni el presupuesto del continuo bipolar, ni la estrecha relación entre masculinidad/varón y feminidad/mujer como patrón único de desarrollo funcional, ni la validez convergente de los distintos instrumentos de evaluación. A su vez, los resultados obtenidos con las nuevas escalas de M y F ponen de manifiesto que parece más coherente hablar de multidimensionalidad que de bidimensionalidad, que las distintas escalas no son equivalentes y que se adolece de una falta de teoría capaz de guiar la elaboración de nuevos instrumentos de valoración de estos constructos. Al inicio del siglo xxi, tras la evaluación crítica de lo realizado a lo largo de los casi cien años anteriores, nos encontramos ante una duda esencial: ¿merece la pena seguir hablando de M y F dentro del ámbito científico y, más concretamente, dentro del área de la psicología?

A century of research on masculinity and femininity: A critical review. The psychological study of masculinity (M) and femininity (F) throughout the twentieth century shows two very different approaches. In the first half of last century, authors try to test the bipolar continuum hypothesis, whereas during the second half, the hypothesis of two orthogonal dimensions predominates. Empirical studies carried out in various countries with the classic M and F scales show that the data do not support: a) the bipolar continuum hypothesis; b) the close relationship between masculinity/men and femininity/women as the single pattern of functional development; and c) the convergence validity of the different assessment instruments. In turn, the empirical results obtained with the new M and F scales show: a) the multidimensionality instead of bi-dimensionality of the different scales; b) that the different M and F scales are not equivalent; and c) that there is no theory capable of guiding the development of new scales to assess these constructs. At the beginning of the 21st century, after the critical evaluation of the studies carried out during about 100 years, we face a critical question: Is it worthwhile to continue talking about M and F within the field of science and, more specifically, within the field of psychology?

Parece necesario dejar claro desde un principio lo que no cabe esperar del presente trabajo. No va a ser una revisión exhaustiva de teorías, hipótesis o estudios empíricos sobre la masculinidad (M) y la feminidad (F) aparecidos durante todo un siglo. Esto es absolutamente imposible conseguirlo en un único artículo, dada la infinidad de trabajos publicados hasta el presente (libros, capítulos, artículos, congresos o conferencias) sobre estos asuntos. Además, he de reconocer que yo no estoy en absoluto capacitado para tan descomunal tarea, aunque haya dedicado casi tres decenios de mi vida profesional al estudio de estos elusivos conceptos. Por otro lado, contamos ya con muy buenos trabajos de síntesis y críticos, tanto desde un punto de vista teórico como empírico y metodoló-

gico (Lippa, 2001; Lubinski, Tellegen y Butcher, 1983; Marsh y Myers, 1986; Pleck, 1975; Signorella y Jamison, 1986). Tampoco pretendo hilvanar una yuxtaposición de publicaciones sacadas de las principales bases de datos hoy disponibles, como pueden ser la Web of Science o PsycInfo, por nombrar solo dos de las internacionalmente más conocidas dentro del ámbito de la Psicología. Sí, en cambio, voy a intentar llevar a cabo una revisión crítica, es decir, valorar críticamente tanto las supuestas concepciones subyacentes a estos constructos como los principales tipos de instrumentos de valoración derivados de las mismas.

La primera mitad del siglo xx

Los conceptos de M y F hacen su entrada en la vía de la ciencia con cierto retraso con respecto al de la inteligencia y sus derivados, que lo intentan desde finales del siglo xix y principios del xx. De hecho, habrá que esperar hasta bien entrado el segundo cuarto del pasado siglo para encontrarnos con los primeros esfuerzos en la elaboración de instrumentos científicos de evaluación de la M y la

F (Gough, 1952; Hathaway y McKinley, 1943; Strong, 1936; Terman y Miles, 1936). ¿Quiere decir esto que no hubo intentos serios de comprender la M y la F por parte de algunos pensadores? En modo alguno. Lo que ocurre es que aquí solo pretendo dejar constancia de aquellas aportaciones que han tenido una repercusión mayor, tanto en su tiempo (por su amplia difusión y utilización), como con ulterioridad (al ser referenciadas y analizadas en múltiples ocasiones en distintos países). De hecho, los trabajos aludidos se han convertido en citas obligadas cuando alguien quiere hacer mención, desde cualquier ámbito de la Psicología, a los conceptos que nos ocupan, hasta incluso en nuestros días (Ahmad, 2008; Lippa, 2001; Udry y Chantala, 2006; Woo y Oei, 2008).

Aunque desde una perspectiva actual nos pueda parecer muy extraño, la característica que destaca por encima de todas las demás, a la hora de considerar la M y la F a lo largo de sus primeros lustros de estudio, es la total ausencia de una teoría mínimamente digna de tal nombre sobre estos constructos (Fernández, 1983). Se pensaba que éstos alcanzarían el rigor necesario para ser considerados científicos tras la pertinente elaboración de unos instrumentos gracias a los cuales se pudieran recoger, de forma válida y fiable, datos sobre lo que realmente diferencia a mujeres y varones. La clave, pues, residía en esos anhelados instrumentos gracias a los cuales se pudiera dotar de contenidos rigurosos a unos conceptos que han estado acompañando a los humanos a lo largo de su historia.

Pese a no contar con una teoría explícita, sí se partía de un presupuesto subyacente —unidimensionalidad bipolar— que no parecía estar sujeto a discusión: la M y F constituían un único continuo, con la particularidad de que cada uno de los polos de ese continuo era opuesto al otro, es decir, incompatibles. De ahí que con una única puntuación fuese suficiente para situar a cualquier persona dentro de ese continuo: a más masculinidad menos feminidad y viceversa. La base aparentemente sólida de este presupuesto yacía en que si los sexos eran «opuestos» —si se es varón, no se puede ser mujer y a la inversa—, sus derivados «naturales» —la masculinidad del varón y la feminidad de la mujer— debían necesariamente ser opuestos (Constantinople, 1973).

Así pues, sin un esbozo serio de teoría pero con un incontrovertido presupuesto (¿quién podría enfrentarse a lo que la naturaleza había hecho bien visible?), se comenzó la ardua labor de elaboración de unos instrumentos de valoración. ¿Cuáles fueron sus principales características o el denominador común de la mayoría de ellos?

En primer lugar, había que partir necesariamente de todo aquello que supusiese una clara diferencia entre mujeres y varones, que discriminase entre los sexos, según las opiniones (respuestas) recogidas con precisión de los participantes (mujeres y varones) en este tipo de investigaciones. Algunos ejemplos de ítems de las escalas de Hathaway y McKinley (1943) y Gough (1952) serán suficientes para comprender plenamente lo dicho anteriormente (Me gustaría ser soldado. Me gustan las revistas de mecánica. Me gusta leer novelas de amor. Me gustaba jugar a las prendas).

Estos ejemplos también nos ilustran perfectamente de una segunda característica de estos instrumentos o escalas: la heterogeneidad de los ítems (sentimientos, intereses, etcétera), pues cualquiera de ellos podía formar parte de estas escalas con tal de que hubiese diferencias estadísticamente significativas (los tamaños de los efectos poco o nada parecían importar en esos momentos) en las elecciones de varones y mujeres.

Si se tiene en cuenta el presupuesto, ahora ya materializado a través de sus correspondientes ítems diferenciadores en función

del sexo, podemos comprender otra de las características igualmente relevante de estas escalas: su capacidad para diferenciar el desarrollo supuestamente normal del patológico. La normalidad viene definida por la concordancia entre la realidad biológica —el sexo: varón y mujer— y la psicológica: el varón masculino y la mujer femenina. La persona —mujer o varón— que se desvía de este patrón presentará una clara desviación de la norma y, por tanto, una disfunción (Whitley, 1985). Teniendo todo ello en cuenta, solo faltaba ponerlo a prueba.

Los datos contra el presupuesto compuesto subyacente y sus derivados

Una forma relativamente simple de verificar si los instrumentos que habían sido elaborados para valorar idénticos constructos —masculinidad y feminidad como una dimensión bipolar— realmente lo consiguen (valorar lo mismo, con independencia de si posteriormente se comprueba que lo valorado es realmente M y F) es comprobar si correlacionan altamente entre ellos. Si bien, en general (aunque en modo alguno siempre), se puede hablar de correlaciones estadísticamente significativas, sin embargo, su significación real es que no son lo suficientemente altas como para poder afirmar que están valorando las mismas realidades. Dicho de otra forma, las diferentes escalas valoran distintos aspectos de los que varones y mujeres dicen diferir: diferencias estadísticamente significativas (De Cillis y Orbison, 1950; Heston, 1948; McCarthy, Anthony y Domino, 1970; Shepler, 1951; Wright y L'Abate, 1970). En definitiva, el continuo único queda empíricamente entredicho.

¿Qué ocurre cuando se da un paso más, aplicando técnicas más acordes con el presupuesto de la unidimensionalidad, es decir, cuando se emplean análisis factoriales? Dos focos de atención aparecen de inmediato. Por un lado, los estudios realizados con cada uno de los instrumentos (Ford y Tyler, 1952; Graham, Schroeder y Lilli, 1971), y, por otro, los llevados a cabo con varios (Engel, 1966; Lunneborg y Lunneborg, 1970). En ambos casos, se constata que: a) los instrumentos no se muestran unifactoriales; y b) la multifactorialidad no es uniforme en los diferentes estudios.

¿Qué sucede con la bipolaridad del supuesto continuo? Que los datos más bien apuntan a dos dimensiones relativamente independientes que a un continuo bipolar (Graham et al., 1971; Vroegh, 1971).

En síntesis, los resultados obtenidos en estudios empíricos ponen de manifiesto: a) que no es pertinente hablar de un continuo, sino de varios continuos; b) que, obviamente, no se justifica la bipolaridad; y c) que los conceptos de masculinidad y feminidad no están tan íntimamente ligados al dimorfismo sexual (varones y mujeres, respectivamente) como se había creído con anterioridad, por lo que el modelo clásico de salud mental (varón masculino y mujer femenina) queda puesto en tela de juicio (véanse, para revisiones, Constantinople, 1973; Fernández, 1983).

La segunda mitad del siglo pasado

Dado que lo presupuesto en torno a la M y F a lo largo de la primera mitad del siglo xx (un continuo bipolar estrechamente relacionado con el dimorfismo sexual, cuya esencia estaría constituida por cualquier tipo de comportamientos que diferenciara estadísticamente entre los sexos, sin importar demasiado su contenido) no parecía que recibiera un respaldo empírico, se comenzó a pensar,

sobre todo en la década de los setenta, en algún tipo de salida a esta situación verdaderamente embarazosa. Se creyó que una de las claves para la solución a esta crisis estaba en la búsqueda de alguna teoría, capaz de guiar la elaboración de las así llamadas *nuevas escalas de masculinidad y feminidad*.

Tres planteamientos teóricos, todos ellos con un más que considerable solapamiento, surgidos en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta, respectivamente, fueron los considerados idóneos (Bakan, 1966; Koestler, 1967, 1978; Parsons y Bales, 1955).

Un aspecto esencial de estos planteamientos es que consideran que los humanos muestran dos conjuntos de características psicológicas que han de ser estudiadas de forma independiente. Además, en los tres casos, más allá de la terminología distinta —instrumentalidad y expresividad (Parsons y Bales, 1955); agency y communion (Bakan, 1966); tendencias autoasertivas e integrativas (Koestler, 1967, 1978)—, aparece un denominador común conceptual y de contenidos: conciben a la familia, y en general a cualquier grupo humano pequeño, como una unidad en la que necesariamente se ha de contar con un tipo de individuos que la conduzcan hacia el cumplimiento de unos objetivos concretos dentro de un contexto social determinado (objetivos externos de ejecución) y con otra clase de personas preocupada por la cohesión y las buenas relaciones entre los componentes del grupo. Al ser considerados dominios separados, abren la puerta al surgimiento de una cuádruple tipología de personas: las que se muestran muy competentes en ambos dominios; las poco diestras en ambos y los dos grupos en los que unos individuos se desenvuelven bien en un dominio pero no en el otro y a la inversa.

Armados con un triple planteamiento teórico, concordante, pareció llegado el momento de comenzar, a mediados de los setenta, a elaborar las nuevas concepciones de M y F, ahora con la guía proporcionada por este tipo de teorías (Bem, 1974; Berzins, Welling y Wetter, 1978; Spence, Helmreich y Stapp, 1974, 1975). El presupuesto básico, derivado de las nuevas concepciones y avalado, al menos en parte, por los resultados empíricos anteriormente comentados, es el de la consideración de la M y la F como dos dominios independientes frente al continuo bipolar. Esta independencia afecta tanto a los constructos en sí, como a su relación con el dimorfismo sexual aparente, pues se produce un cambio sustancial: el paso del dominio del sexo al del género (Fernández, 2010).

En la elección de los ítems que han de conformar cada una de estas escalas independientes también se produce un cambio con respecto al procedimiento de su selección. En las escalas clásicas venía determinado por la mera diferenciación, estadísticamente significativa, en la elección de cada ítem según el dimorfismo sexual (lo eligen en mayor proporción las mujeres o los varones). Ahora es la deseabilidad social tipificada sexualmente la que se establece como criterio, es decir, se selecciona un ítem si éste es considerado más deseable, dentro de una sociedad determinada, para uno que para otro sexo.

Al igual que había ocurrido en la primera mitad del siglo xx, ahora la teoría, además de los presupuestos de ella derivados, debían de ponerse a prueba. En estos momentos, las técnicas de análisis factorial, tanto exploratorio en un primer momento como confirmatorio después, parecían las más adecuadas para este fin, pues gracias a ellas cabría comprobar hasta qué punto es posible hablar de dos factores independientes.

Con respecto a la bidimensionalidad (dos factores), los datos son bastante concordantes: en casi todos los estudios, en los más diferentes países, con los más diversos participantes (aunque con

claro predominio de los universitarios), con los distintos instrumentos (bien en su versión completa o abreviada) los datos apoyan más la multidimensionalidad que la bidimensionalidad (Agbayani y Min, 2007; Choi y Fuqua, 2003; Choi, Fuqua y Newman, 2006; 2008; Fernández y Coello, en prensa; Fernández, Quiroga, Del Olmo y Rodríguez, 2007; Lippa, 2005; Peng, 2006).

Por lo que atañe a la independencia u ortogonalidad dimensional, los datos de los trabajos empíricos realizados en los distintos países apoyan, en general: a) la hipótesis de una falta de relación negativa, que es la que se daba por hecho desde los planteamientos que estuvieron vigentes hasta mediados del pasado siglo; b) la falta de una mínima relación estadísticamente significativa en buena parte de los casos; c) una relación positiva, estadísticamente significativa en otros casos, entre las dimensiones (dos o más) que pueden englobarse bajo la denominación de masculinidad/instrumentalidad, por un lado, y feminidad/expresividad, por otro (Bem, 1974; Feather, 1978; Fernández, 1983; Gaudreau, 1977; Spence et al., 1975).

En cuanto a la independencia del dimorfismo sexual, se constata que si bien todavía siguen apareciendo correlaciones entre el morfismo sexual y la M y F, éstas son considerablemente más bajas que las que presentaban las escalas clásicas, sobre todo cuando se excluyen los ítems masculino y femenino de los instrumentos de valoración (Berzins et al., 1978; Gross, Satlis, Small y Erdwins, 1979).

Un último aspecto a considerar es el de su semejanza, al igual que ocurría con las escalas clásicas. Los análisis correlacionales y factoriales ponen de manifiesto que si bien existe un cierto solapamiento entre ellas (superior al que existía entre las escalas clásicas entre sí o de éstas con las nuevas), difícilmente podemos considerarlas intercambiables (Fernández et al., 2007; Fernández y Coello, 2010; Kelly, Furman y Joung, 1978).

En resumen, con lo que contamos al final del siglo que acaba de concluir, por lo que respecta a la M y la F, es: a) que los datos recogidos con las nuevas escalas ponen de manifiesto que se debería hablar más de multidimensionalidad que de bidimensionalidad, como bien había anticipado fundamentalmente Constantinople (1973); b) que seguimos adoleciendo de una falta de teoría capaz de guiar la construcción y el uso de instrumentos de valoración de estos conceptos (Fernández et al., 2007); c) que las escalas, incluso en sus versiones reducidas, no son plenamente fiables y válidas a la hora de clasificar de forma idéntica a los sujetos dentro de la ya famosa cuádruple tipología: personas andróginas, femeninas, masculinas e indiferenciadas (Fernández y Coello, 2010); y d) que las nuevas escalas correlacionan en menor grado con el morfismo sexual que las clásicas, lo que ha venido siendo interpretado como un apoyo a la inclusión de estos conceptos dentro de la compleja realidad del género más que del sexo (Fernández, 2010).

A todo ello habría que añadir que, en general, teniendo en cuenta lo hasta ahora publicado, sobre todo lo relacionado con los dos instrumentos supuestamente mejores (el Bem Sex Role Inventory —BSRI— y el Personal Attributes Questionnaire —PAQ—), la proporción de varianza explicada por sus factores no es precisamente elevada, que las comunales de sus ítems tampoco son muy altas, y que incluso los valores de consistencia interna dejan amplio margen para la mejora. A su vez, cualquier intento serio de interpretar la matriz de correlaciones de sus factores choca, en buena parte de los casos, con una serie de dificultades para las cuales no es fácil encontrar una solución dentro de los planteamientos originales de la bidimensionalidad ortogonal (Fernández y Coello, 2010; Fernández et al., 2007).

Perspectivas para el siglo XXI

En esta primera década, pues, nos volvemos a encontrar con una seria crisis sobre la posible aportación, teórica y empírica, de estos conceptos a la psicología, hasta cierto punto semejante a la ya sufrida en torno a mediados del siglo pasado: no contamos hoy en día ni con una teoría sólida ni tampoco con buenos instrumentos de valoración. Huérfanos, por tanto, de una teoría mínimamente coherente y con todo tipo de dificultades a la hora de saber con cierto rigor qué es lo que estamos valorando cuando se utilizan las nuevas escalas de M y F, ¿qué cabría esperar para el próximo futuro?

En primer lugar, parece oportuno delimitar los dominios dentro de los cuales se han enmarcado los desarrollos tanto de las escalas clásicas (realidad del sexo —primera mitad del siglo XX—) como de las actuales (realidad del género —segunda mitad del siglo pasado—). Ni siquiera estos marcos de comprensión parecen gozar hoy de una mínima claridad conceptual. De hecho, contamos en la actualidad con al menos cuatro grandes enfoques dispares sobre estos dominios: a) los que entienden que el género debe sustituir al sexo; b) los que creen que se debiera volver al sexo, asumiendo que la moda del género no ha supuesto aportaciones significativas dentro del mundo científico; c) los que usan indistintamente uno u otro vocablo; y d) los que apuestan por considerar que el sexo y el género hacen referencia a dos campos del conocimiento diferentes, aunque con un cierto solapamiento derivado del morfismo sexual, que es el gozne en torno al cual necesariamente han de girar ambas áreas del saber (Fernández, 2010). No obstante, la distancia entre los actuales conocimientos y los de buena parte del siglo XX sobre estos dos dominios es considerable, lo que sin duda puede suponer un buen punto de partida para la toma de decisiones sobre la funcionalidad científica de los conceptos de M y F.

En segundo lugar, parece que vamos aprendiendo la lección desvelada a lo largo de todo un siglo de que, sea lo que signifique la masculinidad y la feminidad, son realidades que se han ido construyendo a lo largo de la historia filogenética de los humanos y que se tienen que ir constituyendo ontogenéticamente, por lo que es difícil, si no imposible, esperar aportaciones sustanciales desde la perspectiva estática de los rasgos, que es la que ha imperado durante casi cien años (Lippa, 2001). En la tabla 1 se trata de sintetizar un esbozo de explicación desde la nueva orientación histórica.

Si nos remontamos al origen de la especie humana, guiados por la única teoría que hoy goza de un respaldo científico sólido —la darwiniana—, cabe imaginar que el dimorfismo sexual es algo desarrollado en función de la evolución (lo estático e inmodificable

casa mal con esta teoría). A partir de aquí, dada la capacidad reflexiva, producto igualmente de la evolución, mujeres y varones de todos los tiempos tuvieron necesariamente que reflexionar sobre la posible especificidad de uno y otro sexo (masculinidad y feminidad), al igual que sobre las semejanzas —el hecho de pertenecer a la misma especie.

En función de la reflexión histórica de cada momento y de cada sociedad sobre esa posible especificidad de los sexos, cabe suponer que se desarrollarían los distintos papeles asignados a varones y mujeres, teniendo en cuenta además las demandas específicas de cada momento histórico y de cada sociedad. Lógicamente, como ocurre en cualquier grupo humano, en cualquier tiempo histórico, los papeles suelen cargarse de valores, dando lugar a determinados estatus, bien presenten éstos un carácter de tipo jerárquico o igualitario.

La descripción de esos papeles y estatus en función del dimorfismo sexual daría lugar, con alta probabilidad, a los estereotipos —conjunto descriptivo de sistemas de creencias sobre la especificidad de cada uno de los dos sexos—, que con el paso del tiempo se transformarían en sistemas de creencias prescriptivos. Todo ello daría lugar, muy probablemente, a ciertas simetrías o asimetrías, más o menos pronunciadas, según el sexo. Con el paso del tiempo, el legado de todos estos procesos históricos fue perdiendo ese su carácter histórico para convertirse en una realidad social objetivada, según el sexo, que parecía esencial, y por tanto inmutable, para el desarrollo funcional de los sexos.

Un importantísimo hilo vertebrador de este recorrido, desde el morfismo sexual hasta la realidad social sexual objetivada, es sin duda el del poder (económico y social) y su asimétrico acceso por parte de los sexos. Otro, igualmente relevante, es el que se refiere a la reversibilidad de todo el proceso antes señalado, pues también los estereotipos condicionan los roles o papeles desempeñados, que a su vez condicionan la propia reflexión sobre los distintos morfismos sexuales.

Este esbozo de proceso filogenético, cambiando lo que proceda cambiar, resulta igualmente válido para comprender el desarrollo ontogenético: el dimorfismo sexual, mayoritario, nos resulta evidente con el nacimiento y a partir de aquí la reflexión individual, por una parte, y el condicionamiento social, por la otra, van dando forma a lo que se pueda entender por masculinidad y feminidad, roles, estatus, estereotipos o sociedades asimétricas o igualitarias, en función del sexo.

Así pues, en tercer lugar, los tres asientos firmes sobre los que sería posible edificar estos constructos son: el polimorfismo sexual (más que el dimorfismo sexual, a fin de incluir también a las minorías que forman los sujetos ambiguos), sobre el cual contamos con conocimientos bien asentados; la reflexividad, en tanto engloba lo cognitivo y lo afectivo dentro de una única realidad; y el contexto social, específico de todos y cada uno de los lugares y momentos de la historia de la humanidad (Fernández, 1996, 1998, 2000; Wood y Eagly, 2002).

Si lo hasta ahora expuesto recibe el pertinente respaldo de la comunidad científica, el panorama a la hora de estudiar cualquiera de los niveles cambia sustancialmente, pues no iremos buscando tanto teorías e instrumentos que permanezcan inmutables a lo largo del tiempo —casi un oxímoron, desde esta perspectiva— cuanto teorías e instrumentos acomodados a las especificidades de tiempos y sociedades concretos, puesto que lo más importante es captar, de forma válida y fiable, los cambios y los procesos que van teniendo lugar tanto desde el punto de vista filogenético como ontogenético.

Tabla 1	
Perspectiva filogenética y ontogenética en el posible desarrollo de la M. y la F.	
Niveles de análisis	
Varón	Mujer
Masculino	Femenino
Roles masculinos	Roles femeninos
Estatus masculino	Estatus femenino
Estereotipos masculinos	Estereotipos femeninos
Simetrías o asimetrías según el sexo	
Realidad social sexual objetivada	

¿Cuáles podrían ser desde esta nueva perspectiva algunos núcleos teóricos sobre los que elaborar alguna teoría y a partir de ella los pertinentes instrumentos de valoración? Uno de ellos bien podría ser, dada su especificidad sexual, el del embarazo, pues es la mujer, y no el varón, la que se queda embarazada. Un segundo núcleo, igualmente específico, es el de la menstruación, también monopolio de las mujeres. Un tercer núcleo, éste obviamente menos específico, es el de la fuerza física/agresividad física, en donde los varones, en general, sobrepasan a las mujeres.

Como resulta aparentemente lógico, si la especificidad de cada sexo es la que va a ser analizada, y a la que deseamos llamar masculinidad o feminidad, el o los continuos bipolares debieran hacer acto de presencia, constituyéndose en la/las varas de medir los posibles cambios que se producen a lo largo del tiempo —ontogénico y filogenético— en las evaluaciones que realizan los diferentes individuos, de las distintas sociedades, sobre estas cuestiones en las que claramente encontramos diferencias entre los sexos, debido al dimorfismo sexual.

Las ventajas que presenta este planteamiento de inicios del siglo XXI con respecto a los examinados de la pasada centuria parecen claros: a) contamos con relativamente buenas teorías sobre los tres núcleos teóricos; b) no resultaría difícil encontrar ítems que los materializasen en uno o varios instrumentos de evaluación; c) se podrían establecer diseños no solamente entre los sexos, sino también intrasexo (al menos en el caso de las mujeres: embarazada frente a no embarazada, comparadas ambas con los varones; con regla y sin regla frente a los varones). Además, ciertos asuntos que parecían esenciales para los enfoques ya analizados pierden al menos parte de su fortaleza: unidimensionalidad/bidimensionalidad, bipolaridad/ortogonalidad o sexo/género, por traer a colación algunos de los más básicos. Ahora, el número de dimensiones se puede fijar a priori (tres núcleos teóricos, por ejemplo), la polaridad se muestra condición esencial (más específico de un sexo que de otro —la fuerza física— o especificidad total —el embarazo y la regla—) y el carácter biopsicosocial resulta patente, pues los tres componentes esenciales son: el morfismo sexual (por justicia

se debiera incluir el polimorfismo y porque, además, nos ofrecería una visión más completa de la condición humana), la reflexión sobre este morfismo diferente y el condicionamiento social necesario, sin el cual no cabe ni siquiera imaginar el acto reflexivo.

Ahora bien, tras lo recientemente expuesto y tras la experiencia centenaria de investigaciones sobre la M y la F en psicología, una cuestión importante emerge: ¿cuáles serían los beneficios personales y sociales del conocimiento científico de estos constructos, si es que cabe imaginar alguno, pues algunas autoras abogan por su supresión del vocabulario científico? (Spence y Buckner, 1995). Parecería conveniente intentar responder a esta cuestión antes de embarcarse en otro siglo de estudios sobre la M y la F, sobre todo a la luz de los tres ejemplos de núcleos teóricos a los que he hecho referencia. ¿Qué aportación cabría esperar de ellos por el mero hecho de englobarlos bajo el paraguas de la M y la F? ¿No resulta mucho más útil, desde cualquier punto de vista, su estudio bajo la denominación propia —embarazo, menstruación, fuerza física, etc.— que enmascarados bajo estos resbaladizos conceptos de masculinidad y feminidad?

Lo que defiendo, en definitiva, con Spence y Buckner (1995) es que o bien se especifican contenidos claros y concretos para los conceptos de M y F (hoy por hoy creo que esto no ocurre, al menos en Psicología) o, si no, se debieran suprimir del vocabulario científico o al menos limitar considerablemente su uso. Para apoyar esta postura es por lo que traigo a colación aspectos claramente diferenciadores de los sexos (embarazo, menstruación o fuerza física), para acabar afirmando que es mejor no utilizar los conceptos de M y F en estos casos y, por derivación, en ninguno otro, hasta tanto no contemos con contenidos más precisos para estos dos constructos: el de la masculinidad y el de la feminidad.

Agradecimiento

Mi sincero agradecimiento al profesor Miguel Ángel Mateo por su revisión meticulosa del manuscrito antes de ser enviado a la revista.

Referencias

- Ahmad, I. (2008). Cultural perception of the femininity/masculinity scales of California Psychological Inventory. *Pakistan Journal of Psychological Research*, 23, 13-18.
- Agbayani, P., y Min, J. W. (2007). Examining the validity of the Bem Sex Role Inventory for use with Filipino Americans using confirmatory factor analysis. *Journal of Ethnic & Cultural Diversity in Social Work*, 15, 55-80.
- Bakan, D. (1966). *The duality of human existence*. Chicago, CA: Rand McNally.
- Bem, S. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- Berzins, J.I., Welling, M.A., y Wetter, R.E. (1978). A new measurement of psychological androgyny based on the Personality Research Form. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 46, 126-138.
- Choi, N., y Fuqua, D.R. (2003). The structure of the Bem Sex Role Inventory: A summary report of 23 validation studies. *Educational and Psychological Measurement*, 63, 872-887.
- Choi, N., Fuqua, D.R., y Newman, J.L. (2006). Hierarchical confirmatory factor analysis of the Bem Sex Role Inventory. *Educational and Psychological Measurement*, 67, 818-832.
- Choi, N., Fuqua, D.R., y Newman, J.L. (2008). The Bem Sex-Role Inventory: Continuing theoretical problems. *Educational and Psychological Measurement*, 68, 881-900.
- Constantinople, A. (1973). Masculinity-femininity: An exception to the famous dictum? *Psychological Bulletin*, 80, 389-407.
- De Cillis, O.E., y Orbison, W.D.A. (1950). A comparison of the Terman-Miles M-F Test and the Mf scale of the MMPI. *Journal of Applied Psychology*, 34, 338-342.
- Engel, I.M. (1966). A factor-analytic study of items from five masculinity-femininity tests. *Journal of Consulting Psychology*, 30, 565.
- Feather, N.T. (1978). Factor structure of the Bem Sex-Role Inventory: Implications for the study of masculinity, femininity and androgyny. *Australian Journal of Psychology*, 30, 341-354.
- Fernández, J. (1983). *Nuevas perspectivas en la medida de la masculinidad y feminidad*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- Fernández, J. (Coord.) (1996). *Varones y mujeres*. Madrid: Pirámide.
- Fernández, J. (Coord.) (1998). *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide.
- Fernández, J. (Coord.) (2000). *Intervención en los ámbitos de la sexología y de la generología*. Madrid: Pirámide.
- Fernández, J. (2010). El sexo y el género: dos dominios científicos diferentes que debieran ser clarificados. *Psicothema*, 22, 256-262.
- Fernández, J., y Coello, M.T. (2010). Do the BSRI and PAQ really measure masculinity and femininity? *The Spanish Journal of Psychology*, 13, 1000-1009.

- Fernández, J., Quiroga, M.A., Del Olmo, I., y Rodríguez, A. (2007). Escalas de masculinidad y feminidad: estado actual de la cuestión. *Psicothema*, 19, 357-365.
- Ford, C.F., y Tyler, L.E. (1952). A factor analysis of Terman and Miles' M-F Test. *Journal of Applied Psychology*, 36, 251-253.
- Gaudreau, P. (1977). Factor analysis of the Bem Sex Role Inventory. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 45, 229-302.
- Gough, H.G. (1952). Identifying psychological femininity. *Educational and Psychological Measurement*, 12, 427-439.
- Graham, J.R., Schroeder, H.E., y Lilly, R.S. (1971). Factor analysis of items on the Social Introversion and Masculinity-Femininity scales of the MMPI. *Journal of Clinical Psychology*, 27, 367-370.
- Gross, R., Satlis, N., Small, A., y Erdwins, G. (1979). Factor structure of the Bem Sex-Role Inventory and the Personal Attributes Questionnaire. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 47, 1122-1124.
- Hathaway, S.R., y McKinley, J.C. (1943). *The Minnesota Multiphasic Personality Inventory*. New York: Psychological Corporation.
- Heston, J.C.A. (1948). A comparison of four masculinity-femininity scales. *Educational and Psychological Measurement*, 8, 375-387.
- Kelly, J.A., Furman, W., y Joung, V. (1978). Problems associated with the typological measurement of sex-role and androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 45, 1574-1576.
- Koestler, A. (1967). *The ghost in the machine*. London: Hutchinson.
- Koestler, A. (1978). *Janus. A summing up*. New York: Vintage Books.
- Lippa, R.A. (2001). On deconstructing and reconstructing masculinity-femininity. *Journal of Research in Personality*, 35, 168-207.
- Lippa, R.A. (2005). *Gender, nature and nurture* (2nd. ed.). Mahwah, NJ: LEA.
- Lubinski, D., Tellegen, A., y Butcher, J.N. (1983). Masculinity, femininity and androgyny viewed and assessed as distinct concepts. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44, 428-439.
- Lunneborg, P.W., y Lunneborg, C.E. (1970). Factor structure of Mf scales and items. *Journal of Clinical Psychology*, 26, 360-366.
- Marsh, H.W., y Myers, M. (1986). Masculinity, femininity and androgyny: A methodological and theoretical critique. *Sex Roles*, 14, 397-430.
- McCarthy, D., Anthony, R.J., y Domino, G. (1970). A comparison of the CPI, Franck, MMPI and WAIS masculinity-femininity indexes. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 35, 414-416.
- Parsons, T., y Bales, R.F. (Eds.) (1955). *Family, socialization and interaction process*. New York: Free Press.
- Peng, T.K. (2006). Construct validation of the Bem Sex Role Inventory in Taiwan. *Sex Roles*, 55, 843-851.
- Pleck, J.H. (1975). Masculinity-Femininity: Current and alternative paradigms. *Sex Roles*, 1, 161-178.
- Signorella, M.L., y Jamison, W. (1986). Masculinity, femininity, androgyny and cognitive performance: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 100, 207-228.
- Shepler, B.F. (1951). A comparison of masculinity-femininity measures. *Journal of Consulting Psychology*, 15, 484-486.
- Spence, J.T., y Buckner, C. (1995). Masculinity and femininity: Defining the undefinable. En P.J. Kalbfleisch y M.J. Cody (Eds.), *Gender, power and communication in human relationships* (pp. 105-138). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Spence, J.T., Helmreich, R.L., y Stapp, J. (1974). The Personal Attributes Questionnaire: A measure of sex roles stereotypes and masculinity-femininity. *JSAS: Catalog of Selected Documents in Psychology*, 4, 43-44 (ms. No. 617).
- Spence, J.T., Helmreich, R.L., y Stapp, J. (1975). Ratings of self and peers on Sex Role Attributes and their relation to self-esteem and conceptions of masculinity and femininity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 29-39.
- Strong, E.K. (1936). Interest of men and women. *Journal of Social Psychology*, 7, 49-67.
- Terman, L.M., y Miles, C.C. (1936). *Sex and personality*. New York: McGraw-Hill.
- Udry, J.R., y Chantala, K. (2006). Masculinity-femininity predicts sexual orientation in men but not in women. *Journal of Biosocial Science*, 38, 797-809.
- Vroegh, K. (1971). Masculinity and femininity in the elementary and junior high school years. *Developmental Psychology*, 4, 254-261.
- Whitley, B.E., Jr. (1985). Sex-role orientation and psychological well-being: Two meta-analyses. *Sex Roles*, 12, 208-225.
- Woo, M., y Oei, T.P.S. (2008). Empirical investigations of the MMPI Gender-Masculine and Gender-Feminine Scales. *Journal of Individual Differences*, 29, 1-10.
- Wood, W., y Eagly, A.H. (2002). A cross-cultural analysis of the behaviour of women and men: Implications for the origins of sex differences. *Psychological Bulletin*, 128, 699-727.
- Wright, F. H., y L'Abate, L. (1970). On the meaning of the MMPI Mf and SVIB MF scales. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 9, 171-174.